

PROCESO A LA INQUISICION

HACIA UN RACIONALISMO CRISTIANO

Hasta después de su muerte
—acaecida hace
diez años— no pudieron
ser impresas las obras
del padre Teilhard de Chardin.
En él se unieron
la vocación religiosa
y la vocación científica.



primero la conciencia

Lo que hace falta es que no concentremos nuestra atención en los tiempos pasados para criticarlos, sino que investiguemos noblemente si todavía quedan restos de sus errores en nuestra concepción y estructura de la vida católica.

Y mucho menos me temo que sí, a juzgar por las reacciones que, en algunos católicos, produce un principio que debería ser indubitable para nosotros como creyentes.

Lo he recordado en ciertas ocasiones, y se me ha tachado de «progresista» (en el mal sentido de la palabra): por eso sospecho que se encuentra, este principio liberador y básico, olvidado por ciertos católicos.

Sin embargo, el cardenal primado de Inglaterra, monseñor Heenan, acaba de recordarlo al Concilio. Ante los asustados oídos de la minoría ultra-conservadora, ha afirmado (con palabras del cardenal Newman): «primero está la conciencia, y después el Sumo Pontífice». Y la razón es porque todo «el que actúa contra su conciencia, peca» (Santo Tomás), puesto que, pese a quien pese, la doctrina tradicional de la Iglesia es que «si la conciencia prohíbe una determinada acción, hay que seguir la conciencia incluso contra el deseo de la Iglesia, incluso si llevase aparejada la expulsión misma de la Iglesia» (Santo Tomás, q. 17 «De Veritate»).

La Iglesia sólo puede usar —como aseguran muchos teólogos— la espada espiritual, y nunca la material; y debe —siguiendo el consejo de Juan XXIII— usar más bien de la misericordia, como le corresponde mejor a su misión evangélica.

Yo creo, por lo mismo, que si fuésemos verdaderamente tradicionales, tendríamos que romper siempre lanzas a favor de la razón, y respetar sus derechos inalienables. Un católico debería ser, como Santo Tomás lo fue, «un racionalista cristiano» (padre V. Carro, O. P.). El mismo Menéndez y Pelayo afirmó que él se hubiera definido a sí mismo como racionalista, si no fuera porque en su época, este epíteto sonaba a antirreligioso. En realidad no hacían estos pensadores sino glosar lo que había dicho en el siglo XIII el santo de Aquino: «Todo hombre debe guiarse por su razón».

Todos los despreciadores de la razón humana deberían leer la crítica que hizo Menéndez y Pelayo de Donoso Cortés (y con él, de los integristas de todos los siglos): «el hombre que niega las fuerzas naturales de la razón humana, y dice que la razón ama al absurdo..., cae de plano en un yerro ideológico, sobre el cual Roma ha hablado bastante claro» («La Ciencia española»; t. III; ed. EMECE; B. Aires).

el caso galileo

Lo que criticamos es que se haga caso omiso de la sana libertad intelectual que debe reinar entre creyentes, y no la fomentemos suficientemente en la Iglesia. Es incomprensible que todavía estemos dando vueltas a ridículas cuestiones —como hacían los antiguos escolásticos— queriendo averiguar algo así como el número de ángeles que caben en la punta de una aguja. Hay que evitar a todo trance que seamos deudores de la palabrería de cualquier maestrillo pseudo-intelectual; o que nos asfixiemos bajo la pesada losa de un «aristotelismo» sin discernimiento personal, que fue el que condenó a Galileo. Uno de esos filósofos, que contradecía a este gran sabio católico, «no quiso jamás aplicar su vista al anteojo de Galileo, por temor a verse obligado a reconocer que Aristóteles se había equivocado» (Carlo Castiglione).

Los seglares tenemos que pedir algo más al Concilio que buenas palabras; lo que necesitamos es «un estatuto para el apostolado intelectual, que englobe derechos y deberes» (R. A. Graham, S. J.). Y que no nos encontremos desamparados, dentro de una disciplinada estructura jurídica, que ha hecho exclamar al arzobispo Roberts: «De hecho, demasiado a menudo, tanto a católicos como a no católicos, les choca profundamente la actitud, sobre todo de los tribunales eclesiásticos, acerca de los derechos humanos fundamentales».

Todos deseamos, además, que la Iglesia abandone ese tono excesivamente paternalista en sus documentos oficiales, como duramente le achacó monse-

CUATRO católicos han destruido con sus críticas el mito de defender a la antigua Inquisición: monseñor Paulus y el padre Conway hace unos años, y ahora los cardenales Beran y Lercaro. La Inquisición había representado —en otros tiempos— un control intelectual que, ejercido con mayor o menor violencia, fue una camisa de fuerza para la inteligencia de los católicos; como lo fueron acciones semejantes, en los países protestantes de los primeros siglos de reforma.

Las hogueras y los procesos contra los herejes han sido ya superados, gracias a hombres de Iglesia inteligentes y responsables. Por eso los pensadores católicos que son más conscientes, estigmatizan actualmente todas esas violencias.

Pero, ¿puede decirse que ha terminado del todo la acción inquisitorial? ¿No venos cómo algunos —al hablar, por ejemplo, de la libertad religiosa, o de la autoridad de la Iglesia— parecen querer que continúe una verdadera inquisición doctrinal?

La Iglesia no puede ser un organismo jurídico inspirado en el derecho romano, que pueda aplastar con múltiples exigencias a los débiles; es un servicio de amor que debe ayudar a superar nuestras debilidades.

Un oriental, el patriarca Maximos IV, y un inglés, el arzobispo Roberts, han sido los paladines de esta crítica en el Concilio o fuera de él, y de esta profunda renovación que pide el mundo de las estructuras que estén anticuadas en la Iglesia, y que todavía perduran desgraciadamente.

La «puesta al día» debe ser algo más que rezar parte de la misa en castellano, o intervenir los seglares en la administración de las parroquias; es un hondo cambio de mentalidad, que haga olvidar cualquier reminiscencia feudal en la acción de los obispos o de la Curia romana. «La Iglesia... no es un Imperio», afirmó Pío XII en 1946; y un año después aseguró que «a menudo se indentifica Edad Media y civilización católica... (pero) ninguna cultura puede afirmarse que en el bloque lo sea específicamente, ni siquiera la cultura medieval».

Yo pienso por eso, como el Papa Pacelli, que el Tribunal de la fe ha utilizado procedimientos que hoy se comprende que eran poco respetuosos de la naturaleza humana (discurso a la Rota, año 1946), y que deben superarse totalmente. Como dijo el cardenal Suenens en el Concilio: «Os conjuro, hermanos, evitemos un nuevo proceso de Galileo; con uno tiene bastante la Iglesia».



«Hemos conocido la condenación de Galileo —ha dicho el cardenal D'Souza—; mas no sólo la suya, sino otras varias: Lammenais, Freud, Teilhard de Chardin».

ñor Elchinger en el Concilio, a propósito del esquema sobre «La Iglesia en el mundo actual». «Este esquema —dijo el obispo coadjutor de Estrasburgo— se extiende demasiado acerca de lo que todo el mundo debe hacer, y apenas dice nada sobre lo que la Iglesia se propone hacer para acercarse al mundo, y estimarlo de verdad».

¿Qué es lo que los hombres de hoy en día reclaman de la Iglesia?: «una sana libertad, una profunda sinceridad y la posibilidad de poder adoptar siempre una actitud fraternal en la acción y en el intercambio de ideas». Y esto no se conseguirá, sino «descentralizando la organización... eclesial en todos los escalones de la jerarquía; descentralización que permitirá con efectividad, a las diversas personas, expresarse francamente y asumir, en los diferentes campos, el grado de responsabilidad que le es adecuada a un hombre adulto, sin menospreciar por ello la necesidad y el valor de una autoridad superior» (monseñor Elchinger). Toda autoridad —incluso la de la Iglesia— está para favorecer el bien común de la comunidad, que es fundamentalmente el desarrollo de la persona humana. Y la autoridad no es un mandar totalmente arbitrario, sino «más bien es la facultad de mandar según razón» (Juan XXIII).

Varios católicos han tenido —en este siglo— la intuición feliz de dirigir su mirada a un gran pensador independiente; el más profundo y serio de nuestros tiempos: Edmund Husserl.

De Waehrens, S. J., Van Breda, O. F. M. y la carmelita Edith Stein —mártir del nazismo— han sabido captar, desde el plano católico, la importancia de este moderno pensador. Este hombre ejemplar renunció —a diferencia de Heidegger, que cayó en la tentación de servir al nazismo— a cualquier honor humano. Y su ideal fue llevar a la juventud «a una radical honradez intelectual».

Y esto no puede alcanzarse con la orgullosa evidencia falsa de algunos pseudo-intelectuales católicos que repiten silogismo tras silogismo, sin haber rozado nunca ninguna razón profunda; porque carecen de la necesaria «rigurosidad», para llegar a convencer a nadie con sus esquemas mentales prefabricados. Ni tampoco con los argumentos de «sentido común», que es algo así como el cajón de sastre para echar en él toda cuestión difícil, y resolverla falsamente; quieren ahogarnos, a los que queremos pensar, con la camisa de fuerza de lo que dicen los ignorantes, los cuales se convierten en la tiranía de nuestro intelecto. Un sabio teólogo católico, el padre Lubac, S. J., acaba de demostrar en su libro «Misterio de lo sobrenatural» cómo los mejores pensadores católicos, tuvieron que superar las alegaciones del sentido común, para poder profundizar razonablemente en los misterios religiosos. Nuestro lema debe ser: razón, como resultado de un trabajo serio y riguroso de todos los hombres; y no sentido común superficial y paralizante, que fue el que se opuso a Copérnico con su teoría heliocéntrica, o a Einstein con su teoría de la relatividad.

Contra lo que algunos piensan, la filosofía no es sierva intelectual de la teología; por el contrario, como dice el filósofo tomista Maritain, «toda ciencia es, de por sí, autónoma; en el sentido de que posee los medios necesarios y suficientes para asegurar la verdad en su terreno, sin que nadie pueda negarle las verdades así establecidas».

Incluso en el tema delicado de las crisis de la fe, dice el padre jesuita Levie que «no es mutilando o reprimiendo su inteligencia como se hará más

creyente el católico». No podemos esconder la cabeza debajo del ala, creyendo con ello resolver nuestros problemas; «ni tampoco ahogemos este intelectualismo ardiente bajo una atmósfera de sacristía mal aireada» (padre Levie, S. J.). Quien ha vivido sinceramente la religión sabe por propia experiencia el valor positivo de la misma; y por eso «mil objeciones no hacen una duda», según dijo el cardenal Newman. Pero estas objeciones deben ser resueltas con toda seriedad y sinceridad.

intolerancia tradicional

Hoy estamos haciendo lo que podemos —pero todavía es muy poco— por recuperar la tradición de apertura intelectual que, al lado de la corriente intolerante, ha existido siempre en la Iglesia.

Es la tradición de los siglos XV y XVI, del cardenal Nicolás de Cusa, de Erasmo de Rotterdam y de Tomás Moro. Nicolás de Cusa fue el primer ecumenista moderno; Erasmo, el primer inconformista de nuestros tiempos, y Moro, el Santo avanzado que protegió las «alarmantes» afirmaciones intelectuales de Erasmo, y que quiso construir una sociedad verdaderamente comunitaria, donde la tolerancia mutua y la colaboración serían los móviles de los hombres, y no el egoísmo ni la competencia inhumana.

Queremos como católicos que nunca se vuelva a repetir la condenación de Galileo; ni se tengan a moralistas críticos como Voltaire, como los únicos y principales enemigos de la Iglesia. O se condene al genio de la psicología y psiquiatría actuales, Sigmund Freud. Así se enterarían, además, de que no fue Galileo el inventor de la teoría científica heliocéntrica, sino el canónigo polaco Copérnico; ni Voltaire fue quien se ha dicho, como demostró hace unos años el escritor católico inglés Alfred Noyes, quien reivindicó en parte su memoria como «sincero moralista, creyente de Dios, y fundamentalmente un cristiano». La obra que escribió este historiador anglosajón actual, mereció el reconocimiento del cardenal Hinsley, dándole las gracias a «Mr. Noyes y a su inteligente libro».

El mismo respeto que queremos se tenga con Freud, que tiene hoy profundos y excelentes discípulos católicos, como Marise Cholsy, Karl Stern y Zilboorg, y a quien no se debe achacar injustamente las falsas acusaciones de escritor inmoral, que era frecuente hacer unos años atrás.

No hay que confundir jamás la prudencia con el miedo, como hacemos demasiados creyentes. Esperar siempre por «prudencia», tener suspicacia ante todo lo nuevo, son realmente «imprudencias», porque hemos confundido engañosa y cómodamente la virtud de la prudencia con la circunspección excesiva y la precaución, que son la muerte de todo avance intelectual. Como dice humorísticamente monseñor Rusch: «Un peatón prudente corre disparado para escapar de un camión que irrumpe de súbito en la calle; y un imprudente estará reflexionando indeciso, en el camino, hasta dejarse atropellar». Hemos puesto a veces los católicos nuestra máxima virtud en alejarnos lo más posible de toda audacia; y así hemos quedado, casi siempre, retrasados ante muchos avances de la ciencia: evolución, crítica bíblica, psicoanálisis. Hora es de que saltemos del todo la pesada losa de rutina y pereza intelectual que nos oprime, y seamos de verdad razonables, pues en eso está la esencia del ser católico, en la estima de lo más noble del hombre, que es la propia razón.

¿condenar o respetar?

Evitemos lo que ha denunciado el arzobispo de Bopal (India) en el Concilio, pero evitémoslo con verdadero amor a la Iglesia, no ocultando infelizmente sus defectos, sino evitando que se reproduzcan en el futuro: «Hemos conocido la condenación de Galileo; pero no solamente la suya, sino otras varias: la de Lammenais, Freud, Teilhard de Chardin... Hablemos de ello, para evitar, desde ahora en adelante, condenaciones e inclusiones en el Índice de libros prohibidos» (monseñor D'Souza).

Los católicos profesamos que la Iglesia es infalible en algunos pocos casos bien contados; pero damos la sensación, en ocasiones, de creer muy poco en ello. En vez de proceder —como nos piden que lo hagamos muchos Padres conciliares— con libertad de palabra y de pensamiento, estamos siempre solicitando de la Iglesia la condenación de última hora, para aplastar al que no piensa como nosotros (sea católico o no lo sea). No confiamos en su infalibilidad, que es el correctivo decisivo de cualquier postura errónea; y estamos cercenando, con nuestras denuncias, cualquier discusión o divergencia doctrinal, cuando lo que deberíamos hacer es adoptar una postura diametralmente distinta, ya que —a diferencia de otras Iglesias— sabemos que hay en la nuestra la última instancia, que es la infalibilidad de la Iglesia universal. La Iglesia católica, que es la comunidad de los creyentes, presidida por el Papa, con autoridad personal definitiva, es la que puede orientar decisivamente nuestra vida religiosa. Los otros aspectos del hombre, son libremente encauzados por él mismo de acuerdo con su propia razón, como ser responsable que debe ser; y en los asuntos religiosos nunca se le pide abdicar de su razón, sino seguirla más decididamente. «Hacerse católico, lejos de ser algo contrario a la razón, es el acto supremo de la razón» (padre Isaac Hecker, C. S. P.).

Nuestro cometido debía ser hacer el proceso a toda forma nueva de Inquisición religiosa, que coarte la libre búsqueda de la verdad: esa libre búsqueda de la verdad que es un derecho fundamental del ser humano, reivindicado en esta cuarta sesión conciliar por monseñor Ancel.